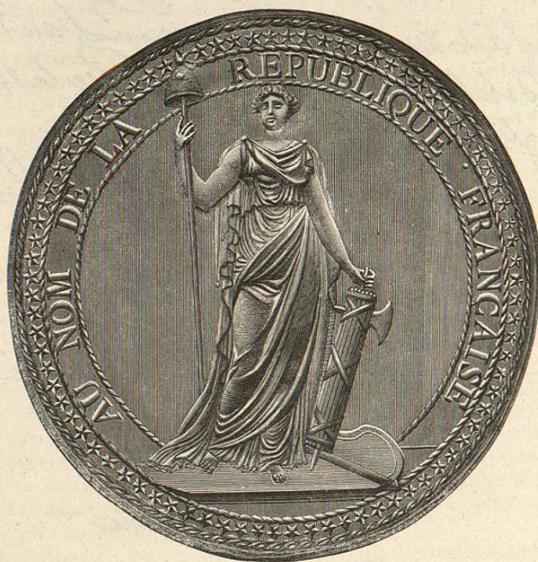


pagar como indemnización de guerra y los abundantes almanes, cuyo contenido valía muchos millones. La impresión que produjo la noticia de haber entrado los franceses en territorio del Imperio es indescriptible; el espanto que causó á príncipes y pueblos, á gobernantes y gobernados, á nobles, burgueses y labradores, solo puede compararse con el de las trompetas del juicio final. A lo largo de la vía sacra del Rin del Santo Imperio, todo aquello que se había considerado firme é inquebrantable pareció de repente como si un terremoto lo hubiera conmovido, y todos los que no estaban sujetos al terruño ó no confiaban en los apóstoles de la nueva libertad, pensaron en una vergonzosa fuga.

Al conquistador de Espira se le presentó un sabio alemán,

Jorge Guillermo Böhmer (1), ex-profesor privado de derecho canónico en Gotinga y catedrático entonces en el gimnasio evangélico de Worms, para invitar á los franceses á que fueran á esta ciudad, donde era preciso tomar venganza de los males que desde allí había causado á Francia el príncipe de Condé. Custine, en 4 de octubre, envió á Worms al general Neuwinger con 4,500 hombres. El magistrado entregó á los franceses las llaves de la ciudad, la cual tuvo que pagar 300,000 francos y el clero 1.200,000 como indemnización de las crueldades cometidas por los emigrados. En la noche del 5 de octubre, día en que fué tomada Worms, el príncipe elector Federico Carlos (2) abandonó su residencia de Maguncia, cuartel general hasta entonces de la contra-revolu-



Sello de la República francesa (1792-1804)

ción, huyendo en un carruaje del cual había hecho borrar su escudo. Detrás de él huyeron los canónigos, la nobleza y el alto clero: aquello fué una verdadera fuga en coche, á caballo, en barcos por el Rin, unos subiendo, otros descendiendo por la corriente, «ofreciendo el río entonces por vez primera el aspecto de actividad para el cual está tan bien dotado por la naturaleza.»

En 19 de octubre presentose Custine en las aldeas que se encuentran antes de llegar á Maguncia, anunciando su presencia con dos disparos de sus cañones de campaña. Inmediatamente mandó al coronel Houchard intimar la rendición de la plaza al gobernador. Este, que era el baron Gymnich, prometió contestar al día siguiente, y el consejo de guerra que para tratar de este punto se reunió en la mañana del 20, despues de haberse enterado de una carta en que Custine describía los horrores de un asalto, acordó capitular mediante la condicion de que la guarnición y los habitantes podrian salir libremente. La misión de comunicar este acuerdo fué confiada al teniente coronel Eickemeyer, el cual, al decir de algunos autores franceses, estaba en relaciones secretas con el profesor Böhmer (3). A las seis de la tarde del día 21 las

puertas de la plaza fuerte de Maguncia se abrieron á los franceses.

El aspecto que ofrecían los «nuevos francos» no tenía nada de imponente. «Los ojos, dice un testigo (4), acostumbrados á ver los limpios y empolvados soldados de parada con levitas y pantalones ajustados, no podían menos de mirar con cierto desprecio á aquellos hombres llenos de polvo, sucios y haraposos, muchos de ellos sin zapatos ni medias, que llevaban en sus bayonetas su ración de pan y de carne.» Los franceses no iban allí para luchar, sino para implantar la libertad; y la mala administración clerical había hecho sufrir opresión de sobra para prepararles en la ciudad un recibimiento como no lo habían encontrado en ninguna otra de Alemania.

Inmediatamente se constituyó una «Sociedad de amigos del pueblo», que venía preparándose desde mucho tiempo y á la sazón enarboló la bandera de la libertad y de la igualdad. Custine les cedió como sitio de reunion el magnífico salon de conciertos del palacio del príncipe, donde una multitud heterogénea de oyentes oía todos los días de labios de fogosos oradores las mas apasionadas imprecaciones contra el antiguo régimen y las mas ampulosas alabanzas del nuevo. En 15 de noviembre de 1792 decia uno de aquellos jacobinos

(1) Véase Leser en las: *Biografías alemanas*, III, págs. 75-76.

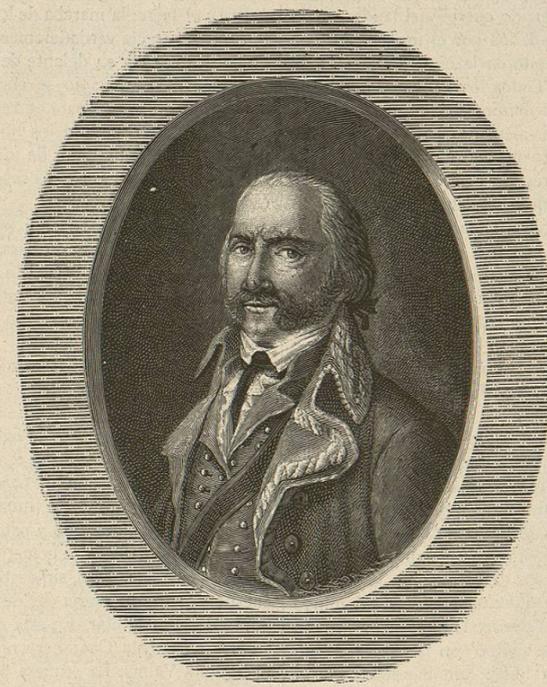
(2) Perthes: *Hechos y personajes políticos de Alemania, en tiempo de la dominación francesa*. Gotha, 1862, I, pág. 16.

(3) *Tableau historique*, II, págs. 159-160.

(4) J. Forster: *Descripción de la Revolución en Maguncia*. Colección de escritos, con característica de G. G. Gervinus. Leipzig, 1843, tomo VI, págs. 399-400.

nos alemanes: «Es verdad que desde su juventud se ha imbuido en el ánimo de los alemanes una repulsion hácia sus vecinos franceses; es cierto que las costumbres, lengua y temperamentos de ambos son diferentes; es cierto que cuando los mas crueles monstruos reinaban en Francia, nuestra Alemania se desvanecía en humo ante sus órdenes, y un marqués de Louvois, cuyo nombre ha conservado la historia solo para que los pueblos lo maldigan, entregaba el Palatinado á las llamas, y Luis XIV, miserable déspota, prestaba su nom-

bre para tan odiosos mandatos. Pero no os dejéis engañar, conciudadanos, por los sucesos del tiempo pasado: la libertad francesa solo cuenta cuatro años y ved cómo aquel pueblo se ha transformado: los franceses, vencedores de nuestros tiranos, vienen como hermanos á nuestros brazos, nos protegen y nos dan las mas fehacientes pruebas de lealtad fraternal, queriendo compartir con nosotros la libertad, que tanto les ha costado conquistar, ¡y este no es mas que el primer año de república! ¡Tanta influencia puede ejercer la libertad en el



Adam Philippe Custine
General en Chef de l'Armée du Rhin
Né à Metz le 4 février 1740
Entré au service en 1747 Colonel en 1762 et ayant
assisté au Siège de Maestricht en 1748
chez les frères Klaber à Augsbourg.

ánimo de los hombres! ¡tanto santifica el templo en que habita! ¿Qué éramos nosotros hace tres semanas? ¿Cómo ha podido verificarse la admirable transformación que de oprimidos, maltratados y callados siervos de un sacerdote nos ha convertido tan rápidamente en atrevidos amigos de la libertad que hablan en alta voz y que están dispuestos á vivir y á morir por la libertad y por la igualdad? ¡Conciudadanos! ¡Hermanos! La fuerza que de tal manera ha podido hacer cambiar nuestra situación puede confundir á franceses y á maguncianos en un solo pueblo (1).» El que así hablaba era Jorge Forster, el célebre viajero y escritor; el que, desde octubre de 1788, había

encontrado, como bibliotecario del príncipe elector de Maguncia, una modesta subsistencia, pero no una patria, y esperaba que con su union con los jacobinos comenzaría una nueva vida. Por su desgracia estaba destinado á no encontrar sino mortales desengaños. El general Custine, entre tanto, prosiguió su expedición de rapiña por el imperio. En 21 de octubre salieron de Maguncia el general Neuwinger con 1,500 hombres y el coronel Houchard con 7 á 800. Este había pasado el Rin cerca de Kastel y se había dirigido por la márgen derecha del Mein hácia Francfort, á donde llegó á las siete de la mañana del día 22. Sus tropas acamparon delante de la puerta de Bockenheim para esperar á la columna del general Neuwinger, que procedente de Oppenheim se dirigía á Sachsenhausen, á donde llegó á las tres de

(1) *De las relaciones entre maguncianos y franceses*. Discurso pronunciado en la Sociedad de Amigos del pueblo en 15 de noviembre de 1792 por Jorge Forster. Véanse sus *Escritos*, VI, págs. 415-416.

la tarde. El magistrado quiso impedirle la entrada, pero él se abrió paso apuntando los cañones á las puertas de la ciudad. Al són de las músicas pasó el puente, que había sido bajado, y apenas hubo llegado á la ciudad se apresuró á dirigirse á las Casas consistoriales, para entregar al magistrado una carta en la cual el general Custine exigía como indemnización de guerra dos millones, en castigo de haber prestado asilo y ayuda á los emigrados. De esta cantidad se rebajó despues la cuarta parte y luego la mitad; la ciudad quedó en poder de los franceses hasta que regresó el ejército prusiano de Champaña y con él el aguerrido cuerpo del landgrave de Hesse-Cassel, los cuales, mandados por el mayor prusiano Ríchel, penetraron con estrépito en la ciudad el día 22 de diciembre, por la puerta de Todos los Santos y por la de Friedberg. Con fecha 3 de diciembre escribía un habitante de Francfort (1): «Los cañones alemanes están ya en los baluartes de Francfort y yo espero que los franceses no nos pondrán mas á contribucion. El rey de Prusia, en los dos dias que hace que se encuentra aquí, ha llegado á ser el ídolo del pueblo. El cuartel general está situado en la Casa Roja, en el Zeil. A todas horas llega allí una multitud que espera ver al bondadoso rey, hasta que aparece en la ventana. Yo mismo le he saludado mas de una vez con un ¡viva! dado de todo corazón. Federico Guillermo responde al amor de los buenos ciudadanos alemanes con su real bondad, que tiene para el aleman muchísimo mas valor que la pretendida libertad de los franceses. Aquí, en Francfort, todo parece haber recobrado nueva vida.»

Aquel recibimiento dispensado á un «tirano» por una ciudad libre era lo que faltaba para excitar hasta lo sumo el furor de la gente jacobina alemana. Al final de un libelo infamatorio, cuya impudencia aumentaba por grados y en el cual se echaba en cara á los de Francfort el haber caído á traicion, en la jornada del 2 de diciembre, sobre los franceses atacados de antemano por los de Hesse, con lo cual habían causado su derrota, se decía textualmente: «El domingo á las cuatro de la tarde verificó Federico Guillermo su entrada en Francfort; á su alrededor se agolpó con la cabeza descubierta un pueblo que se llama libre: humillándose ante el caballo cubierto de sudor prorumpió en alegres vivas, y con profundo temor miraba estupefacto á la majestad que con una palabra de sus labios elevaba al desheredado á la clase noble y con otra decretaba crímenes contra la humanidad. ¡Habitantes de Francfort! Todos vuestros periódicos venales no conseguirán borrar este día de los fastos de vuestra historia. Los pilluelos de la calle os escupirán al rostro; el nombre de Francfort será abominado por la posteridad: el francés merece tambien ser odiado porque puede contemplaros sin estrangularos. Extirparos á vosotros y hacer desaparecer vuestros nombres es el juramento que debe prestar todo hombre libre ante los altares de la patria: yo lo presto espontáneamente y sabré cumplirlo.—Daniel Stamm, edecan del general (2).»

Los sucesos se presentaban en el Sur y en el Norte de las fronteras francesas de muy distinta manera que en la orilla derecha del Rhin.

El día 23 de setiembre la Convencion dictó sentencia destituyendo por unanimidad al general Montesquiou, que

(1) *Diario de la toma de Francfort por los nuevos francos hasta su reconquista por el ejército combinado. Redactado en forma epistolar. Año 1793.*

(2) Este libelo llevaba por título: «Fiesta de Adviento en Francfort. Anttítesis de la Noche de San Bartolomé y de las Visperas Sicilianas.» Se publicó en el *Diario nacional de Maguncia*, número 187, de 6 de diciembre de 1792, «en el primer año de la libertad alemana,» y se imprimió en el escrito citado mas arriba.

era de los que habían firmado la peticion de Lafayette y que entonces se veía sin defensa, agobiado por un cúmulo de acusaciones. Tallien, sobre todo, había dicho de él: «No penetrará en Saboya y vuestro ejército será desorganizado (3).» El mismo día 23, este general, estando al frente de su estado mayor, recibió una comunicacion de la ciudad de Chambery, invitándole á apoderarse de la capital del ducado de Saboya. Los piemonteses, al encontrarse frente á frente de las tropas del general, evacuaron sin oponer resistencia alguna todo el país comprendido entre las orillas del lago de Ginebra y el Isere: la marcha de los franceses al través de estos territorios parecia verdaderamente triunfal. Cuando Montesquiou llegó el día 24 delante de Chambery, todos los representantes del municipio se encontraban vestidos de gala á las puertas de la villa para entregarle las llaves: la poblacion recibió llena de júbilo á los libertadores, y una espléndida fiesta que se dió en honor de los oficiales y de los soldados selló la fraternidad entre los saboyanos y sus poderosos vecinos.

Igualmente afortunado fué por aquellos dias el general Anselme en el condado de Niza, pues los soldados piemonteses se apresuraron á evacuarlo sin intentar la mas pequeña resistencia. El día 29 de setiembre la ciudad de Niza se entregó á los franceses, y otro tanto hicieron luego las fortalezas de Montauban y Villefranche.

Allí, como en las comarcas alemanas del Rhin, la simple noticia de la aparicion de los *sans culottes* había producido la misma sacudida que la presencia de un poder natural superior. En el Rhin apenas se había hecho uso de las armas; en el condado de Niza no se apeló á ellas en absoluto para desarmar á la poblacion ni para excitarla á la union. Una fuerza moral extraordinaria luchaba en pro de la bandera tricolor: esto era innegable y patente á pesar de todos los horrores que á su sombra se cometían y de toda la anarquía que nacía junto á ella. Esto, sin embargo, no ponía en claro la cuestion de lo que podia dar de sí la nueva Francia bajo el punto de vista militar. En esta cuestion, para nada debían tenerse en cuenta Chambery ni Niza, Worms ni Maguncia, ni siquiera Valmy. La primera prueba real y verdadera fué la que dieron las armas revolucionarias el día 6 de noviembre de 1792 en la batalla de Jemmapes.

El general Dumouriez, al frente de tres ejércitos cuyas fuerzas (40,000 hombres) estaban á sus inmediatas órdenes, decidió conquistar la Bélgica: una sola batalla le bastó para conseguir su objeto. El duque Alberto de Sajonia-Teschen, con unos 25,000 austriacos, ocupando una de aquellas posiciones que por su fuerza natural suelen considerarse como inexpugnables, esperaba al enemigo, que contaba con fuerzas superiores. La cordillera delante de Mons formaba una especie de anfiteatro que, mirado desde abajo, descendía á la derecha hácia la aldea de Cuesmes y á la izquierda hácia la de Jemmapes. Esta última, por su situacion, era una especie de fortaleza que cubría uno de los lados de la montaña. En Cuesmes se habían levantado defensas artificiales y se hallaba protegida por una triple línea de baluartes, en los cuales se encontraban los granaderos húngaros. Las estribaciones del centro estaban cortadas por bosques y pantanos y obstruidas por árboles derribados (4). El ataque contra estas posiciones, realmente formidables, solo podia hacerse por un camino angosto y por tanto marchando el ejército en columna: la actitud del frente de esta decidió la batalla.

El ejército francés había pasado una noche de verdadera prueba para aquellos jóvenes y bisoños soldados. Mal vesti-

(3) *Hist. par.*, XIX, págs. 53-54.

(4) Véase la descripción de Michelet (IV, pág. 79), que recorrió el campo de batalla.

dos y peor alimentados, habían tenido que vivaquear, con el fusil al hombro, en medio de pantanos, y á las siete de la mañana del 6 de noviembre de 1792, cuando todavía no habían comido nada, comenzó el cañoneo que les anunciaba el principio de la batalla. A medio día se disipó la niebla que cubría la llanura y se dió la orden de ataque tan impacientemente esperada. Al són de la *Marsellesa*, que tocaban todas las músicas á la vez, lanzáronse los franceses al través de la llanura contra las posiciones enemigas, atacándolas por la derecha, por la izquierda y por el centro (1).

En el ala derecha el general Beurnonville atacó las trincheras construidas delante de la aldea de Cuesmes, siendo saludado con un vivo cañoneo que resistió á pié firme su infantería, entre la cual se encontraban los voluntarios de Paris. Dampierre, al frente del regimiento de Flandes, los llevó al ataque de la primera línea de trincheras: estas fueron tomadas, derrotados los granaderos húngaros y dispersada la caballería austriaca. Un nuevo ataque de una division de dragones austriacos fué rechazado por el fuego graneado de la infantería francesa; y cuando se presentó Dumouriez con algunos batallones y escuadrones, este refuerzo bastó para que un atrevido asalto, dado tambien al són de la *Marsellesa*, diera á los franceses la posesion de todas las trincheras y pusiera en fuga á sus defensores, que huyeron precipitadamente hácia Mons.

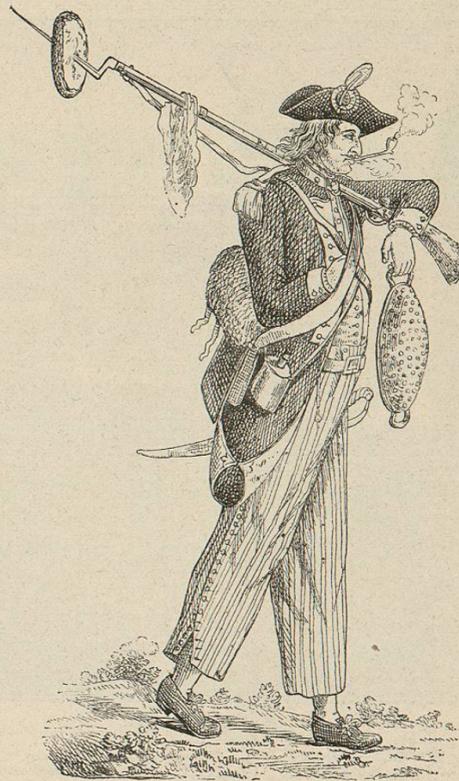
El camino de ataque mas cercano, el del centro, pasaba por un bosque en el cual había muchos puntos de defensa. Tres batallones franceses que en él penetraron sufrieron grandes pérdidas á consecuencia del fuego de fusil que desde aquellos se les hizo, mientras otros diez y ocho estuvieron expuestos durante muchas horas al fuego de los cañones. Estas columnas, poco menos que extenuadas, no pudieron resistir la embestida de una porcion de escuadrones austriacos que en un momento rompieron su línea de combate. Entonces un joven criado del general Dumouriez llamado Bautista, que se lanzó «lleno de ardor heróico» en medio de la lucha para hablar con su amo, reanimó á la infantería, hizo emprender la retirada á siete escuadrones enemigos y restableció el orden de batalla. Pero la confusion se había comunicado al ala izquierda del general Drouet: los soldados no huyeron, pero comenzaban á mezclarse desordenadamente y á hacer movimientos circulares, cuando el joven duque de Chartres, á la sazón «general Igualdad» y posteriormente rey con el nombre de Luis Felipe, despreciando el horroroso fuego se presentó entre los que vacilaban, les dirigió fogosas palabras y consiguió formar con las tropas desorganizadas una columna, que fué llamada «batallon de Jemmapes,» con la cual emprendió el ataque en el momento mismo en que el resto de la línea se había tambien unido y reanimado. Los obstáculos de los árboles derribados fueron atravesados en una rápida carrera, la caballería ligera atacó con denuedo y con fortuna, y muy pronto el centro francés fué dueño de aquellas alturas. Del ala izquierda, una parte había atacado la aldea de Jemmapes, otra había marchado formando un gran arco y llegando de esta suerte hasta el flanco de los austriacos. Estos, acometidos por ambas alas y por el centro, huyeron en completa dispersion hácia Mons, pereciendo mas de cuatrocientos ahogados en la corriente del Hem.

El día 7 de noviembre penetró Dumouriez en Mons, donde fué acogido con júbilo por el club de Amigos del país, allí constituido, y el día 14 hizo su entrada en Bruselas; Bélgica se encontraba, pues, por entero en poder de los franceses.

Así, al terminar el memorable año 1792, resultaba que la fe

(1) Para la descripción detallada de la batalla véase, además del citado artículo de Michelet, el *Tableau historique*, II, págs. 232-233.

que la Gironda tenía puesta en la invencibilidad moral y material de las armas republicanas no había sido un vano sueño. Una guerra emprendida con una ligereza sin ejemplo y que había comenzado en el campo de batalla con vergonzosas pérdidas, terminaba con un gran triunfo conseguido en toda la línea. Un ejército á cuyo lado se encontraban batallones formados con los mas indómitos hombres de blusa, había resistido, en setiembre, junto á Valmy, y obligado á retroceder á la mejor infantería del mundo, la prusiana; había arrebatado en el mismo mes á los bravos piemonteses el ducado de Saboya y el condado de Niza; había tomado, en



Un guardia nacional dirigiéndose al cuerpo de guardia.—Copiado del *Diario de la toma de Francfort* (1793)

octubre, á Espira, Worms y Maguncia é incendiado Francfort, y con un solo hecho de armas había conquistado la tan codiciada Bélgica. Verdaderamente estos triunfos, conseguidos en el espacio de seis semanas, eran mas que suficientes para hacer peligroso el sentimiento que la joven Francia tenía de su propia dignidad. Si se examinan las discusiones á que en aquel mismo tiempo daba lugar el proceso del rey y las ridículas bravatas á que se solía entregar diariamente la Asamblea con la mayor candidez, no podrá menos de admirar que á las victorias y conquistas no siguieran las incorporaciones de territorios mucho antes de lo que en realidad se hicieron. La magnitud de la metamorfosis que desde 1793, y aun mas desde Napoleon, sufrió el carácter del pueblo francés, se nos presenta en sus verdaderas proporciones cuando leemos que la Convencion se ocupó formalmente en 24 de noviembre de 1792 en dilucidar la cuestion de si «el interés político de Francia la permitía engrandecerse.» Esta cuestion había sido